





Historiografía sobre Tarteso

Manuel Álvarez Martí-Aguilar
Universidad de Málaga

Tarteso, primer reino español

La evolución de las imágenes de Tarteso en la historiografía española, desde el Renacimiento a la actualidad, ha sido analizada por diversos autores, cuyos trabajos me servirán de guía para presentar sintéticamente las grandes fases por las que ha atravesado uno de los temas más fascinantes de la historia antigua peninsular (Cruz, 1987; Olmos, 1991; Wulff, 1992; Wagner, 1992; Álvarez, 2005; Mederos, 2008; Celestino, 2008; Alvar, 2013).

Partiremos de la época de Carlos I y Felipe II, en la que se consolida un modelo de Historia de España de largo recorrido, vertebrado sobre una percepción esencialista de la identidad de la nación española, protagonista de un devenir histórico glorioso pero plagado de indeseables invasiones extranjeras (Wulff, 1992). En las primeras historias generales de amplia difusión, como la *Crónica General de España* de Florián de Ocampo (1553) y, sobre todo, la *Historia general de España* de Juan de Mariana (1601), Tarteso es presentado como prueba de la antigüedad y excelencia de la monarquía hispana, y su rey Argantonio como adalid de la independencia española frente a los aviesos fenicios.

En el siglo XVII humanistas como Rodrigo Caro (1634) recopilan las informaciones clásicas sobre Tarteso y comienzan a especular sobre el significado del término, así como sobre la localización de la isla y ciudad homónima. Este interés por la localización de la “ciudad perdida” de Tarteso se había

incrementado tras la difusión de la tesis de Juan Goropio Becano (1580), sobre la identificación del Tarshish de la Biblia con el Tarteso de la tradición clásica. La posibilidad de conectar el pasado español con la historia bíblica exacerbó el interés por la identificación de Tarteso con lugares como Jerez de la Frontera, Mesas de Asta, Cádiz, Sanlúcar de Barrameda, Carteya, Rota, Medina Sidonia o Tarifa (Gil, 1985-1986).

En el siglo XVIII la cuestión de Tarteso experimenta una singular evolución. Para los historiadores ilustrados como J. F. Masdeu o los hermanos Mohedano, Tarteso cobra interés por su conexión con los fenicios, a los que consideran una suerte de ilustrados de la Antigüedad, portadores de civilización y progreso (Wulff, 2003). Es precisamente este componente de contacto fluido de Tarteso con fenicios y griegos lo que convierte el tema en poco propicio para representar los valores prístinos de ferocidad e independencia que la historiografía nacionalista decimonónica proyecta en los españoles antiguos. El interés por Tarteso decae en buena parte del siglo XIX, y es la intervención de estudiosos extranjeros la que reaviva la cuestión en el tránsito hacia el siglo XX.

El “descubrimiento” de Tarteso: de Bonsor a Schulten

Los inicios de la moderna investigación sobre Tarteso se inician con la labor del británico G. E. Bonsor, quien realizó varias actuaciones arqueológicas en la zona de los Alcores, de cuyos datos deduce una colonización fenicia, de carácter agrícola, del

valle del Guadalquivir (Bonsor, 1899). Por otra parte, se interesó por la localización de la antigua ciudad de Tarteso, a su juicio un emporio fenicio, que trató de encontrar, infructuosamente, en las marismas de Doñana, en el yacimiento de Cerro del Trigo (Bonsor, 1921; 1922; 1928; v. Maier, 1999). Las investigaciones de Bonsor destacan por su calidad metodológica y por plantear una valoración de Tarteso incardinada en la presencia fenicia en el bajo Guadalquivir, enfoque que tras la irrupción del Tarteso de Schulten cayó en el olvido hasta finales del siglo XX.

La investigación sobre Tarteso está indeleblemente marcada por la impronta del alemán Adolph Schulten y su monografía *Tartessos*. Contribución a la Historia Antigua de Occidente (1924) (Fig. 1). Schulten, profesor en la Universidad de Erlangen, era un especialista en las fuentes literarias grecolatinas sobre la península ibérica que, inspirado por la hazaña de Schliemann, descubridor de Troya y Micenas, aspiró a hacer lo propio con Tarteso.

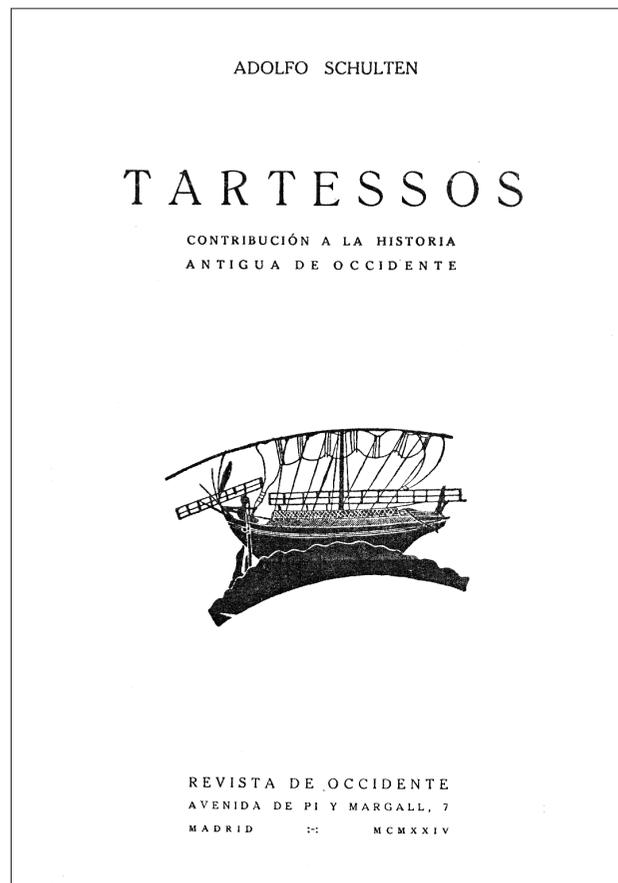


Figura 1. Primera edición en español del *Tartessos* de Schulten (1924).

Schulten creyó tener una brillante revelación al intuir la existencia no sólo de una ciudad antigua, Tarteso, cuya localización habría caído en el olvido, sino la de toda una civilización, la primera del Occidente europeo, de gran esplendor y hasta entonces totalmente desconocida. El erudito alemán reconstruye la imagen de esta civilización y su historia desde las claves del historicismo característico de la época y con una fuerte carga de filohelenismo y antisemitismo (Cruz, 1987; López Castro, 1996; Wulff, 2004). Según Schulten, Tarteso fue una colonia fundada por marinos venidos del Egeo, establecida en la desembocadura del Guadalquivir en torno al 1200 a.C. Su rápido progreso, gracias al comercio, resultó en un reino floreciente y pacífico que despertó la codicia de los taimados fenicios, quienes fundan la ciudad de Gadir hacia el 1100 a.C.

Schulten sostiene que la ciudad de Tarteso fue la capital de una civilización comparable, en términos de antigüedad y progreso, con las del Próximo Oriente Antiguo. El reino de Tarteso habría extendido sus dominios desde el sur de Portugal hasta Murcia y, en tiempos de su rey Argantonio, en el siglo VI a.C., se habrían establecido excelentes relaciones con los griegos focenses, gentes de común estirpe helénica, que habrían fundado colonias como Mainake en la costa de Málaga. Este feliz estado de cosas habría acabado por la agresiva codicia de los púnicos de Cartago, gentes bárbaras y agresivas que, según Schulten, atacaron a Tarteso para apoderarse de sus riquezas, conquistando el reino hacia el 500 a.C. y arrasando su capital, que desde entonces habría quedado perdida en el olvido. La ciudad púnica de Gadir habría usurpado en adelante el nombre y la fama de Tarteso, en lo que para Schulten era una terrible ocultación histórica. El relato platónico de la Atlántida se inspiraba, según Schulten, en la civilización tartésica y en su dramática desaparición (Schulten, 1924; 1928).

Pese a que esta imagen de Tarteso está hoy en día ampliamente superada en el ámbito académico, su potencia historiográfica ha sido enorme, habiéndose convertido en el referente de consulta para varias generaciones de estudiosos de la Historia Antigua de España. El éxito del *Tartessos* (1924) de Schulten se explica, por una parte, porque halagaba el sentimiento nacionalista de aquellos lectores orgullosos de que en el sur de España hubiese florecido la primera civilización del Occidente. Por otra parte, Schulten ofrecía un relato continuo y claro de la historia de Tarteso, con planteamiento, nudo y desenlace, y con nobles protagonistas filohelenos y siniestros villanos púnicos. Finalmente, la cuestión se sumaba al mito de

las antiguas civilizaciones y ciudades perdidas y olvidadas, y al de la Atlántida de Platón, tan del gusto de la sensibilidad europea en el periodo de entreguerras. Schulten se obsesionó por el hallazgo de las ruinas de la ciudad de Tarteso, que creyó localizar en el Coto de Doñana, al igual que Bonsor, con el que participó en excavaciones de infructuoso resultado.

No obstante, la influencia del Tartessos de Schulten no fue inmediata y, de hecho, suscitó aceradas críticas por parte de los estudiosos españoles, indignados ante el evidente desprecio del alemán por todo lo ibero y la atribución de un origen exógeno, egeo o tirseno, para Tarteso (Álvarez, 2005). La obra de Schulten reactivó, en primera instancia, el interés por la localización de la “ciudad perdida” de Tarteso a través de la relectura de los testimonios literarios antiguos, principalmente de la *Ora marítima* del poeta tardorromano Rufo Festo Avieno, y de la reconstrucción del paleopaisaje de los estuarios del Guadalete y Guadalquivir (Chocomeli, 1940; Pemán, 1941; Esteve, 1945). La referencia en este campo, y hasta recientemente, fueron los trabajos del ingeniero Gavala (1927; 1959), que proponía una configuración de las antiguas desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete como amplios estuarios marinos.

El auténtico auge de los estudios sobre Tarteso se inicia en España tras la Guerra Civil, propiciado por el potencial de la civilización tartésica imaginada por Schulten para figurar como una de las glorias nacionales del relato histórico difundido por el aparato propagandístico del franquismo, especialmente por su carácter “imperial”. En la época en que se forjan dogmas como el de la “vocación imperial de España” a través de su historia, se reivindica a Tarteso como el “primer imperio español” (Tovar, 1941), y algunos autores se quejan amargamente de que se siga “diciendo a los niños que fueron los fenicios los iniciadores de la civilización hispánica” (Martín de la Torre, 1941: 10).

La obra de Schulten se reedita en España en 1945 y es entonces cuando comienza a popularizarse su relato sobre la historia de Tarteso, si bien convenientemente “españolizado”. En esta labor tiene un destacado protagonismo la gran figura de la arqueología e Historia Antigua peninsular en la posguerra, A. García y Bellido, quien ve en los tartesios unos valerosos “nautas iberos”, que con sus empresas exploratorias por el Atlántico prefiguran las gestas de la Era de los Descubrimientos. A García y Bellido se debe, por otra parte, la primera inclusión del fenómeno de Tarteso en una visión integrada de la protohistoria peninsular (García y Bellido, 1952). A diferencia

de Schulten, García y Bellido (1944) apostaba por la localización de Tarteso en Huelva.

La investigación sobre Tarteso en los años 40 y 50 del siglo XX se centró casi exclusivamente en la exégesis de los textos clásicos y en el intento de localización de la ciudad supuestamente destruida por los cartagineses en torno al 500 a.C. Pese a algunas actuaciones arqueológicas, como las excavaciones en Asta Regia (Esteve, 1945), existía un desconocimiento absoluto de la arqueología de los tartesios, pues los hallazgos en el suroeste andaluz se solían atribuir bien al mundo celta, bien al mundo fenicio, como había hecho Bonsor. Esta carencia contrastaba con el supuesto esplendor de la civilización de Tarteso, aparentemente revelado por los textos antiguos. ¿Dónde estaba y cuál era la arqueología de Tarteso? La voluntad de superar este indeseable déficit va a marcar el nacimiento de la arqueología tartésica.

Una arqueología para Tarteso: Maluquer y el “orientalizante”

El “hallazgo” de la arqueología de Tarteso no viene propiciada, originalmente, por grandes descubrimientos arqueológicos, sino por el cambio de paradigma interpretativo que protagoniza el prehistoriador Juan Maluquer de Motes, sin duda el gran ideólogo de la moderna orientación del estudio de Tarteso (Celestino, 2008; Aubet, 2016).

Desde mediados de la década de 1950 Maluquer sostiene que la búsqueda de la ciudad de Tarteso no es un problema tan relevante como el de identificar y estudiar la cultura tartésica a través de la arqueología. También es Maluquer el que asienta la imagen de Tarteso como el resultado de la confluencia de estímulos culturales externos, celtas e indoeuropeos por una parte, y mediterráneos –fenicios y griegos– por otra, sobre un sustrato poblacional indígena de larga tradición, que hunde sus raíces en la prehistoria (Maluquer, 1955; 1960). Esta definición cultural de lo tartésico, que con matizaciones ha seguido vigente en buena parte de la investigación hasta la actualidad, conciliaba el protagonismo de las raíces indígenas de Tarteso con la atención a los estímulos externos característica del difusionismo de la arqueología española de la época. Pero, además, abría la puerta para la “normalización” arqueológica de Tarteso, en un proceso no exento de complejidad, pues incluye el nacimiento de la “arqueología orientalizante” y su rápido cambio de atribución: de los fenicios peninsulares a los tartesios.

A mediados del siglo XX el “orientalizante” era concebido como un estilo artístico extendido por la cuenca mediterránea

coincidiendo con la expansión colonial fenicia y griega en los siglos VII y VI a.C. Se caracterizaba por formas e iconografías originarias de la franja levantina del Mediterráneo y Egipto y se consideraba que, en zonas como Etruria y la propia Grecia, presentaba escuelas y talleres propios, dentro del ambiente artístico general.

Desde comienzos de la década de 1950 Antonio Blanco Freijeiro venía llevando a cabo una pesquisa en el ámbito de la arqueología de los fenicios en España, tratando de identificar el origen de ciertos objetos que hasta entonces eran considerados “orientales”, es decir, realizados fuera de la península ibérica, en talleres de Fenicia, Etruria o Cartago. Junto a estas “importaciones fenicias”, Blanco creyó detectar un conjunto de objetos de bronce realizadas por los fenicios peninsulares en talleres de Gadir y sus inmediaciones, en el territorio de Tarteso, bautizándolos con el adjetivo de “orientalizantes”, que los diferenciaba de las importaciones “orientales” (Blanco Freijeiro, 1953). Con ese enfoque, Blanco Freijeiro y García y Bellido publican en 1956 en la revista *Archivo Español de Arqueología* sendos artículos dedicados a este “arte orientalizante”, obra de los fenicios en Tarteso (Blanco Freijeiro, 1956; García y Bellido, 1956).

Es Maluquer el que, muy poco después, reclama de forma expresa este “arte orientalizante” para la cultura tartésica –sustrayéndosela así a los fenicios peninsulares– en un artículo titulado “De metalurgia tartésica: el Bronce Carriazo” (Maluquer, 1957). Habiendo definido en 1955 las claves de la esencia cultural de Tarteso, Maluquer creyó identificarlas, paradigmáticamente encarnadas, en el “bronce Carriazo”, una pequeña placa de bronce aparecida cerca de Sevilla que combinaba elementos típicamente celtas con otros característicamente orientales.

Esa convergencia cultural era lo que, según Maluquer, definía a Tarteso y ese singular objeto era, por tanto, “prueba patente de la originalidad, técnica, belleza y simbolismo de la metalurgia tartésica” (Maluquer, 1957: 168). El hallazgo interpretativo era de gran relevancia, pues permitía atribuir a Tarteso los objetos “orientalizantes” que Blanco había vinculado a los fenicios de Gadir. Permitía, en fin, otorgar una incipiente arqueología para la civilización tartésica y, además, equiparar cualitativamente a Tarteso con culturas con fases orientalizantes equivalentes, como la griega o la etrusca.

De El Carambolo (1958) a Huelva (1980): el auge de la arqueología tartésica

Este es el contexto en el que se producen, en 1958, los hallazgos de El Carambolo, en Camas, Sevilla, incluyendo el espectacular conjunto de veintiún piezas de oro, que suelen ser considerados como el pistoletazo de salida de la moderna investigación arqueológica sobre Tarteso. La excavación y estudio corrió a cargo de Juan de Mata Carriazo, que imprime una fuerte carga “indigenista” a sus interpretaciones, en las que influye también Maluquer, que le auxilió en los trabajos arqueológicos (Carriazo, 1959; 1973). Carriazo pronto consideró que el tesoro y el resto de los objetos hallados en la excavación, entre los que se encontraba un importantísimo conjunto de fragmentos cerámicos, eran tartésicos, debido al carácter indígena y de raigambre prehistórica de las piezas (Fig. 2).

Los hallazgos de El Carambolo tuvieron gran repercusión, no sólo por la espectacularidad del tesoro áureo, sino porque por fin se había descubierto un yacimiento plenamente tartésico. En términos historiográficos supone el inicio de una etapa dominada por el auge de las excavaciones arqueológicas en yacimientos considerados tartésicos y por un indigenismo interpretativo de fondo, explicable por las inercias nacionalistas de la historiografía española de la época (Álvarez, 2005).

La ascendencia de Maluquer en la renovación de la investigación sobre Tarteso se puso de manifiesto en el V *Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, celebrado en Jerez de la Frontera en 1968, dedicado monográficamente a *Tartessos y sus problemas* (AA.VV., 1969; Maluquer, 1969) (Fig. 3). En el encuentro se certificó el cansancio en torno a la búsqueda de la “ciudad perdida” de Tarteso, basada en la exégesis de los textos clásicos; y se sentaron las bases para la investigación de las décadas siguientes, dominada por las actuaciones arqueológicas. La cuestión se “normalizó” en el marco de las categorías del historicismo-cultural dominante en la arqueología española de la época, buscando definir los elementos de la cultura material de Tarteso, llenando de contenido su “círculo cultural” y estableciendo sus fases y cronología. En esta tarea tuvieron un papel protagonista las cerámicas halladas en El Carambolo. Frente a los objetos “orientalizantes”, las cerámicas de “retícula bruñida” y las pintadas “tipo Carambolo” -o “Guadalquivir I”-, se convirtieron en los fósiles guía de la arqueología tartésica, por su carácter indígena y “precolonial”, supuestamente previo a la llegada de los fenicios a la península ibérica (Casado, 2015).



Figura 2. Juan de Mata Carriazo presenta el tesoro de El Carambolo en el Ayuntamiento de Sevilla, 1958 (©ICAS-SAHP, Fototeca Municipal de Sevilla, fondo Serrano).

Nuevas obras de síntesis sobre la cuestión aparecen en esos años, como *Tartessos. La ciudad sin historia* de Maluquer (1970), o la de J.M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente* (1968), que abogaba por la vinculación del fenómeno de Tarteso con el componente fenicio, en una época de fuerte reivindicación de las raíces autóctonas de esta cultura. En el marco de esa reivindicación, Huelva se convierte en uno de los focos principales de la investigación arqueológica en las décadas de los años 60 y 70 del siglo XX, con actuaciones en diversos lugares de la ciudad y en los distritos mineros de la provincia (Almagro Basch et al., 1975). Se consolida en esa etapa la convicción de que la economía de Tarteso giraba en torno a la extracción de los metales de la zona onubense –en especial la plata– y su exportación al Oriente mediterráneo a través de los comerciantes fenicios, argumento que se ha consolidado hasta el presente. La identificación de Huelva con Tarteso cobra fuerza en esos años, sobre todo tras el hallazgo de un importante conjunto de

cerámicas griegas en las excavaciones realizadas en varios solares del centro de la ciudad, lo que vendría a reforzar las noticias de Heródoto sobre el comercio de samios y focenses en Tarteso (Olmos, 1989).

Los años 70 del siglo XX destacan, por una parte, por el auge de estudios sobre la cultura material de Tarteso, en especial de sus cerámicas de tradición indígena; por otra parte, por el predominio de una “arqueología vertical”, con la realización de sondeos estratigráficos orientados a obtener la secuencia diacrónica de la cultura tartésica. Se consolida desde entonces una división tripartita, con una fase tartésica precolonial, del Bronce Final, definida por cerámicas de tradición indígena (siglos X-VIII a.C.); una fase orientalizante tartésica, fruto del contacto con los fenicios (siglos VII-VI a.C.); y una fase turdetana, a partir del s. VI a.C. y hasta época romana. En esa tarea de definición de la secuencia crono-cultural de Tarteso destaca la labor de M. Pellicer (1979-80), D. Ruiz Mata (1979) o M. Almagro-Gorbea (1977).

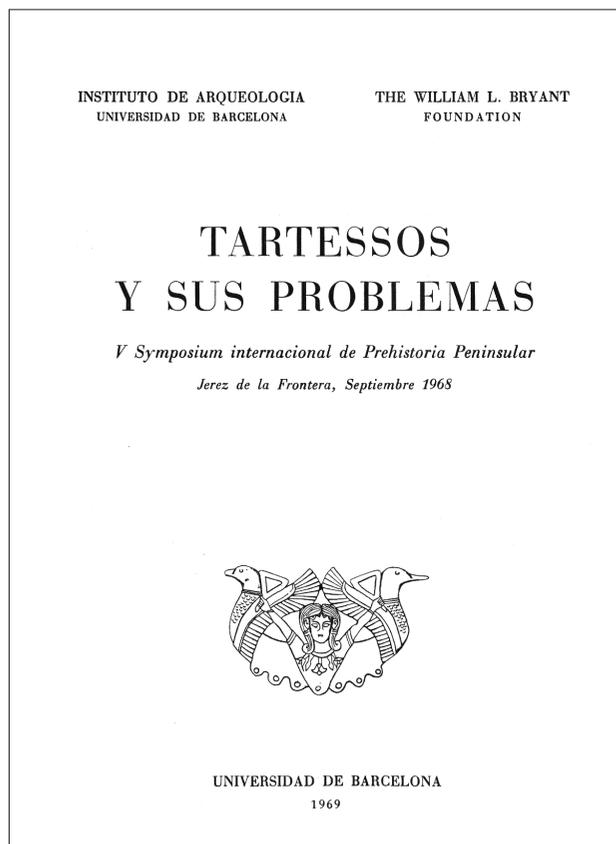


Figura 3. Actas del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera, 1968) (AA.VV., 1969).

El estudio de la cultura material tartésica convivía en esos años con diversas propuestas sobre el origen y definición etnológico-cultural de Tarteso. Así, por ejemplo, M. Bendala (1977; 1979) defendía el papel de antiguas migraciones egeas y de raíces culturales griegas en el origen de Tarteso. M. Almagro Basch (1975) sostenía, por su parte, que la esencia cultural de Tarteso era inequívocamente indoeuropea y céltica. En cambio, J. P. Garrido y E. M. Orta (1975), partiendo de los resultados de sus excavaciones en Huelva, abogaban por la identificación de Tarteso con el mundo de los fenicios del litoral suroeste peninsular.

Estos problemas de indefinición del significado de Tarteso se abordaron en las *Primeras Jornadas Arqueológicas sobre Colonizaciones Orientales* celebradas en Huelva en 1980 (AA.VV., 1982), donde dominaron las tesis “autoctonistas” y se definió a lo tartésico como “la cultura indígena, con personalidad propia, existente ya en el momento de llegada de las primeras

influencias orientales, que experimenta a posteriori un proceso de orientalización”. Partiendo de esa definición se consolidó en los años 80 y 90 del siglo XX un paradigma sobre Tarteso que ha sido muy bien sintetizado por J. Campos:

“... una cultura definida por un territorio, el suroeste peninsular, es decir el área del bajo-medio Guadalquivir y Huelva con sus ramificaciones hacia el norte y oeste en la región extremeña y Portugal, y al este hasta el curso del alto Guadalquivir. Sus límites cronológicos entre fines del II milenio y el 550 a.C., un periodo que se desarrolla durante unos 500-600 años, en los que se da una evolución y en el que se defiende una identificación de los tartesios con las comunidades indígenas del Bronce Final del suroeste de la península, que experimentan una serie de transformaciones tras la llegada de los fenicios en los siglos IX-VII a. C., manifiestas en lo que denominamos fenómeno Orientalizante, y que dan paso, tras las transformaciones del siglo VI a.C., a un nuevo horizonte cultural, el turdetano”. (Campos, 2013).

Tarteso como proceso histórico: contacto, aculturación, asimilación

La época de la Transición en España coincide con cambios de enfoque en la investigación sobre la protohistoria peninsular, que comienza a superar el paradigma histórico-cultural que había sido el canónico desde mediados del siglo XX. Estos aires nuevos llegan también al tema de Tarteso, que comienza a ser enfocado no sólo como una cultura arqueológica, sino fundamentalmente como un proceso histórico. Se percibe en esos años la recepción de los enfoques evolucionistas de la “nueva arqueología” anglosajona, el funcionalismo y el materialismo histórico.

El hito que marca este cambio es un trabajo de M. E. Aubet dedicado al “período orientalizante tartésico” (Aubet, 1977-78) en el que proponía entender Tarteso como un complejo proceso de transformaciones económicas y sociales de la población indígena del suroeste peninsular, condicionado por el impacto de la presencia fenicia. Frente al uso genérico del concepto de “aculturación”, entendido como la adopción general de las pautas culturales de los fenicios por parte de los indígenas, Aubet sostiene que en Tarteso se produjo una aculturación selectiva, limitada a las aristocracias indígenas, asociadas al fenómeno orientalizante, mientras que entre el conjunto de la sociedad tartésica la influencia cultural fenicia fue limitada. Aubet considera a Tarteso como una sociedad protourbana,

dominada por élites aristocráticas, que experimenta un aumento de la complejidad y la desigualdad fruto de la interacción con las comunidades fenicias de la costa.

A conclusiones similares llegaban investigadores del ámbito de la Historia Antigua, como C. G. Wagner (1983), que proponía entender Tarteso como el resultado de distintos procesos de transformación estructural, difusión cultural, aculturación y asimilación fruto del contacto entre indígenas y fenicios, a raíz de la colonización fenicia.

En los años 80 y 90 del siglo pasado se desarrolla un enriquecedor debate en torno al concepto de “aculturación” en Tarteso y el carácter de las relaciones entre fenicios e indígenas (Almagro-Gorbea, 1983; C.G. Wagner, 1986a; Alvar, 1991). También se desarrolla en esos años la necesaria crítica historiográfica del *Tartessos* de Schulten, inaugurada por un influyente trabajo de G. Cruz (1987), que ponía de manifiesto el abuso por parte del alemán de las fuentes antiguas puestas al servicio de su imagen ideal de la civilización tartésica. No es casual que por esas mismas fechas se retome el análisis de las tradiciones literarias sobre Tarteso (Wagner, 1986b; De Hoz, 1989; Olmos, 1989), suscitadas también por la necesidad de releerlas a la luz de las novedades ofrecidas por la investigación arqueológica.

Es en esa etapa cuando se inicia el proceso que, andados los años, acabará conformando lo que ha sido dado en llamar un “nuevo paradigma” en la investigación sobre Tarteso, presidido por la valoración del componente fenicio. A fines de los años 80, J. Alvar y C. G. Wagner (1988; Wagner y Alvar, 1989) propusieron la existencia de una colonización agrícola en el interior del valle del Guadalquivir en los siglos VII y VI a.C., protagonizada por emigrantes de Fenicia expulsados por la presión asiria. La tesis, que generó discusión, sobre todo en su fundamentación arqueológica, promovió una veta interpretativa ya planteada por Bonsor en su día: la posibilidad de la existencia de comunidades fenicias en el núcleo del territorio tartésico.

Los nuevos datos arqueológicos y la renovación de enfoques en esos años se recogieron en obras colectivas como *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir* (Aubert, 1989); *La cultura tartésica y Extremadura* (AA.VV., 1990); o *Los enigmas de Tarteso* (Alvar y Blázquez, 1993). No obstante, en las actas del congreso *Tartessos, 25 años después: 1968-1993*, que conmemoraba el encuentro de Jerez de 1968, se evidenciaba la potencia del paradigma interpretativo “autoctonista” sobre Tarteso y la limitada atención al componente fenicio (Mederos, 1999).

Un “nuevo paradigma”: un Tarteso fenicio

El cambio de paradigma en la interpretación sobre Tarteso, que gira precisamente en torno a la valoración del componente fenicio, se consolida a lo largo de los años 90 del siglo pasado y la primera década del presente, y tiene una genealogía múltiple. Las novedades en el conocimiento de la implantación fenicia en el Extremo Occidente fueron muy notables, en especial en el territorio portugués (Tavares, 1993; Tavares, Ferro y Cardoso, 2001), ámbito donde ha destacado la labor pionera de A. M. Arruda (1993; 2002).

Pero la zona donde se han sustanciado los cambios interpretativos más novedosos es la del Bajo Guadalquivir y Huelva, precisamente el considerado como “núcleo” del mundo tartésico. M. Belén y J. L. Escacena interpretaron nuevos hallazgos arqueológicos en Carmona y Coria del Río (Sevilla) como lugares de culto de gentes de origen oriental instalados en el seno de comunidades tartésicas (Belén et al., 1993; 1997; Belén y Escacena, 1995). Especialmente significativa fue, a su vez, su reinterpretación del yacimiento de El Carambolo, buque insignia de la arqueología tartésica, como un santuario fenicio en honor de Astarté, vinculado al establecimiento, también fenicio, de Spal (Belén y Escacena, 1997).

La atribución de un carácter fenicio a lugares del mundo tartésico antes considerados “orientalizantes” se consolidó en obras colectivas como *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica* (Ruiz Mata y Celestino, 2001) y en varias de las ponencias del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida, dedicado a *El Periodo Orientalizante*, celebrado en 2003 (Celestino y Jiménez Ávila, 2005).

Las nuevas excavaciones que Á. Fernández Flores y A. Rodríguez Azogue realizaron en el cerro de El Carambolo entre 2001 y 2005 supusieron un espaldarazo a esta orientación interpretativa, al revelar un santuario fenicio con varias fases constructivas, que se extendían entre los siglos IX y VI a.C. (Fernández y Rodríguez, 2005; 2010). Estos investigadores planteaban –en la línea de lo propuesto por Garrido y Orta en 1975– que Tarteso era precisamente el mundo de los fenicios en Iberia (Fernández y Rodríguez, 2007).

El cambio de paradigma también se producía en uno de los lugares emblemáticos de la geografía tartésica, la ciudad de Huelva. Gracias a la labor de F. González de Canales, L. Serrano y J. Llompарт (2004; 2006) se recuperaron y estudiaron materiales de extraordinario interés provenientes del solar de la calle

Méndez Núñez 7-13 – Plaza de las Monjas 12, que evidencian la presencia de fenicios en el emporio onubense desde el s. IX a.C.

Las revisiones historiográficas de la cuestión de Tarteso planteadas en este nuevo contexto de la investigación también han contribuido al giro interpretativo, al poner de manifiesto la fuerza de las pulsiones que primaban el elemento autóctono en la valoración histórica de Tarteso, unas más antiguas ligadas al nacionalismo español plurisecular y otras más modernas fruto de las tendencias antidifusionistas y evolucionistas de la reciente arqueología española (Álvarez, 2005; Ferrer, 2017; Celestino, 2017).

El congreso celebrado en Sevilla en 2008, dedicado a la conmemoración de los 50 años del hallazgo del tesoro de El Carambolo (De la Bandera y Ferrer, 2010) (Fig. 4) ha sido considerado como un hito en la consolidación de un nuevo paradigma interpretativo de la cultura tartésica, entendida

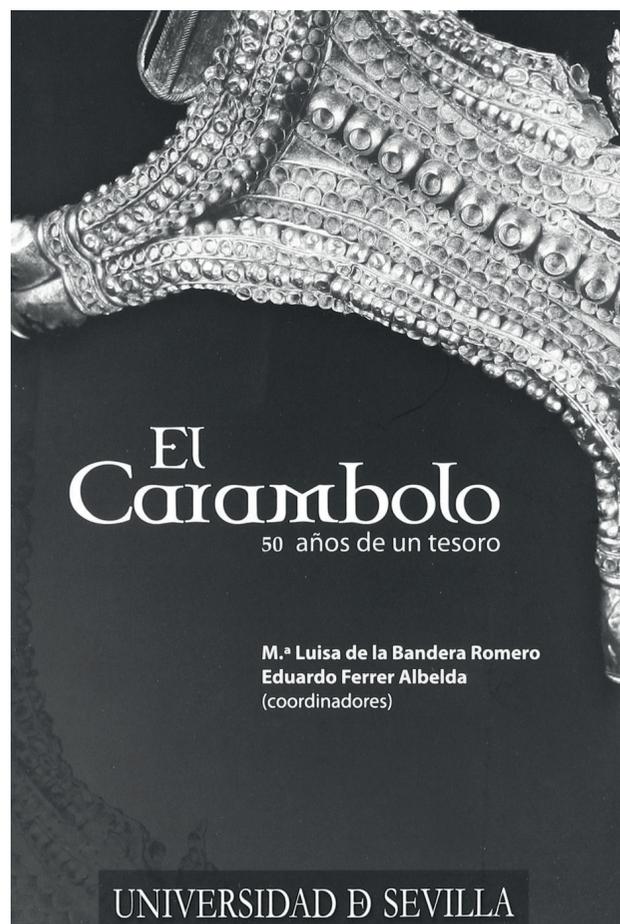


Figura 4. Actas del congreso conmemorativo de los 50 años del hallazgo del tesoro de El Carambolo (Sevilla, 2008) (De la Bandera y Ferrer, 2010).

como la suma de autóctonos y fenicios (Campos, 2013), paradigma en el que también se incardinan publicaciones como *Fenicios en Tartesos: nuevas perspectivas* (Álvarez, 2011). Las recientes monografías de S. Celestino y C. López-Ruiz sobre Tarteso y los fenicios en Iberia (2016; 2020) evidencian el nuevo estado de cosas marcado, precisamente, por la valoración del papel del componente fenicio en el seno de Tarteso.

Este “nuevo paradigma” no es, en todo caso, dominante en la investigación y, de hecho, convive con modelos interpretativos sobre Tarteso que tienden a identificarlo con el mundo autóctono del suroeste peninsular que asiste a la llegada de los fenicios y con la cultura material de tradición indígena. Ejemplos de esta orientación son los trabajos de M. Torres, importantes referentes para el conocimiento de la arqueología y la sociedad tartésica (Torres, 1999; 2002).

Las distintas orientaciones en la interpretación del fenómeno de Tarteso confluyeron en el Congreso *Tarteso. El emporio del metal*, celebrado en Huelva en 2011 (Campos y Alvar, 2013) (Fig. 5). Como colofón del encuentro, se redactó un manifiesto capaz de reflejar un “denominador común aceptable y consensuado sobre el significado histórico de Tarteso”. El texto trató de integrar, por una parte, las tesis de quienes ven el origen de Tarteso en procesos de jerarquización social y organización territorial de las comunidades de suroeste peninsular anteriores a la llegada de los fenicios en el s. IX a.C. Por otra parte, se define a Tarteso como “la cultura del suroeste peninsular, confluyente con la presencia estable de los fenicios” y se lo presenta como un mundo heterogéneo e híbrido, con diversas modalidades de interacción de las comunidades locales y los colonos fenicios, que quedan así englobados en la propia definición de lo tartésico (Campos y Alvar, 2013: 651-653).

Algunas de las imágenes clásicas sobre Tarteso acuñadas en el siglo XX están siendo deconstruidas en las primeras décadas del siglo XXI. Es el caso de su definición étnica, como hemos visto, pero también el de sus límites cronológicos y territoriales. Las novedades más relevantes en los últimos años en la investigación sobre Tarteso se concentran, por una parte, en su fase inicial, con la elevación de la cronología de la presencia fenicia en el Extremo Occidente hasta, al menos, el s. IX a.C., en lugares como Málaga, Huelva o Cádiz (González de Canales et al. 2006; Suárez et al. 2021). Esto permite pensar que el Tarteso conocido por los griegos, en los siglos VII y VI a.C. y reflejado en la tradición literaria, es un mundo en el que la presencia fenicia es notablemente antigua.

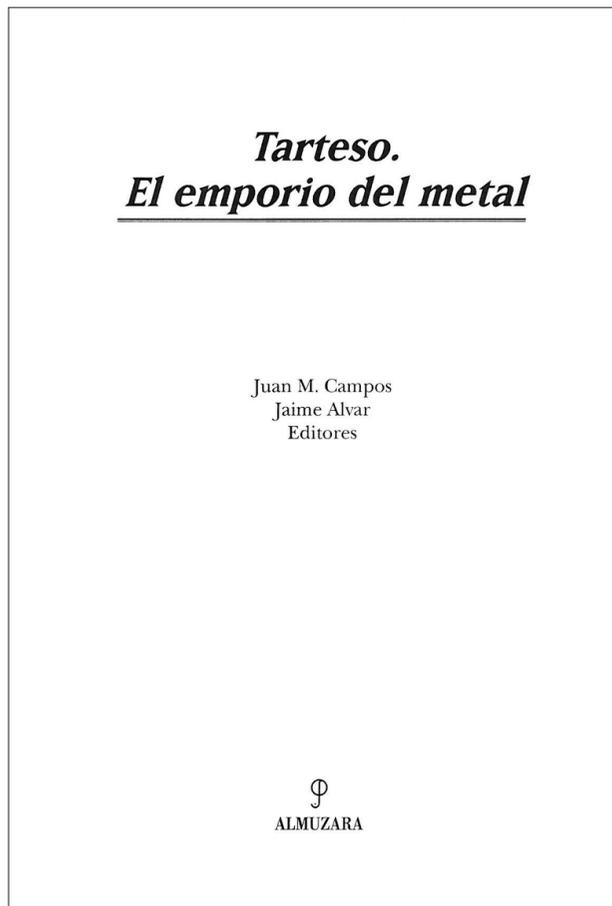


Figura 5. Actas del Congreso Tarteso. El emporio del metal (Huelva, 2011) (Campos y Alvar, 2013).

Por otra parte, la etapa final de Tarteso, tradicionalmente fijada en el s. VI a.C., también está siendo sometida a revisión. La interpretación de la crisis de Tarteso, atribuida por Schulten a la presencia de Cartago en el Extremo Occidente, fue reinterpretada, en los años 80 del siglo pasado, en términos evolucionistas, como un proceso de desarticulación económica y social asociado a la crisis de la producción y comercio de los metales preciosos peninsulares (Wagner, 1983; 1993; Alvar, 1993).

Pero los cambios documentados en el registro arqueológico del suroeste peninsular en el s. VI a.C., con la desaparición, en la zona del Bajo Guadalquivir y Huelva, de las necrópolis principescas y los edificios de culto de carácter “orientalizante”

según unos autores, u “oriental” según otros, permiten volver a sostener la tesis de una crisis rápida y traumática, incluyendo la reacción de las poblaciones locales frente a las comunidades de origen oriental (Escacena, 1993; Ferrer, 2007; Álvarez, 2019). Las novedades en el conocimiento de la evolución del paisaje antiguo del litoral suroeste peninsular están permitiendo, a su vez, valorar el posible papel de catástrofes naturales como coadyuvantes en la crisis del mundo tartésico (Celestino y López-Ruiz, 2016; 2020).

La zona de Extremadura, conectada pero “periférica” respecto del fenómeno tartésico (Rodríguez y Enríquez, 2001), está ofreciendo espectaculares novedades arqueológicas, como el yacimiento de Casas del Turuñuelo de Guareña, en el periodo posterior a la crisis de Tarteso. En opinión de E. Rodríguez y S. Celestino la cultura tartésica se prolongaría en la zona media del Guadiana al menos un siglo más, hasta el s. V a.C., con un modelo de poblamiento caracterizado por una serie de “edificios tartésicos ocultos bajo túmulo” (Rodríguez y Celestino, 2017; Rodríguez 2018). Aunque no hay consenso para la denominación de “tartésico” a este contexto cronológico y geográfico, no cabe duda de que el estudio de los yacimientos del valle medio del Guadiana supone un hito historiográfico de relevancia en la investigación sobre Tarteso.

Para finalizar, merece la pena hacer una reflexión sobre el contraste entre el conocimiento sobre Tarteso en el ámbito académico e investigador y el extendido en la cultura popular, donde el Tartessos de Schulten y su imagen idealizada de la civilización tartésica siguen sirviendo de base a producciones literarias y audiovisuales diversas, cuyo auge está ligado al atractivo componente de “enigma” de la cuestión. Incluso la identificación de Tarteso con la Atlántida de Platón, de moda en los años 30 del pasado siglo, vuelve a cobrar actualidad merced a documentales de televisión de cuestionable base científica (Álvarez, 2019).

Todo ello tiene que ver también con las dificultades para ofrecer un relato vertebrado y accesible sobre la historia y la cultura de Tarteso, de firme base científica, para un público amplio, tarea en la que debemos seguir esforzándonos colectivamente de cara al futuro, y de la que esta exposición es un excelente ejemplo a seguir.